

Cortés, el ejército tlaxcalteca entró en la capital aculhua hacia fines de Febrero.

Los tablones, vigas y aparejos fueron colocados junto al canal, para entónces ya terminado, encargándose Martín López con sus compañeros y los obreros indios de armar los trece bergantines, hasta dejarlos listos para navegar. Preciso fué ejercitar continúa vigilancia, pues tres distintas veces intentaron los méxica poner fuego al astillero. En una de aquellas tentativas se tomaron hasta quince prisioneros, de los cuales se supo cuanto en México pasaba. Cuauhtemoc estaba determinado á no admitir paces, meneando las manos hasta morir ó exterminar á los invasores. Llamaba á todos los amigos á la defensa comun; hacía fabricar armas, entre ellas unas lanzas largas destinadas contra la caballería, armadas con los puñales y las espadas quitadas á los castellanos; aumentaban y mejoraban las fortificaciones, sin descansar en aquellas faenas ni de día ni de noche. (1)

(1) Bernal Díaz, cap. CXL.

CAPITULO III.

CUAUHTEMOC.—COANACOCHTZIN.

Expedicion contra Xaltocan.—Destrucion de Tlacopan.—Combates y desafios.—Vuelta á Texcoco.—Recójese el oro á los tlaxcalteca.—Expedicion en socorro de Chalco.—Huaxtepec.—Yacapichla.—Vuelta á Texcoco.—Los méxica atacan de nuevo á Chalco.—Son derrotados.—Se hierra á los esclavos.—Supercherías.—Nuevos y considerables refuerzos.—Bulas de composicion.—Carta á Cuauhtemoc.—Los de Chalco piden nuevo socorro.—Sumision de algunos pueblos de la costa.

III calli 1521. Despues de haber descansado los tlaxcalteca tres ó cuatro dias, para satisfacerlos, pues habían pedido por su jefe Chichimecatecuhtli salir á combatir contra los méxica, D. Hernando con veinte y cinco de á caballo, trescientos peones, cincuenta ballesteros, seis cañones y los aliados, salió á las nueve de la mañana de la ciudad, tomando hacia el N.: guardó absoluto secreto acerca de sus intenciones y del lugar á donde se dirigía, por temor de que sabido, los aculhua lo comunicaran á Cuauhtemoc,

Ya tarde, el ejército dió en un escuadrón de los nahoa, que cargado con vigor fué obligado á huir, acogiéndose á los lugares frágiles: los aliados, más lijeros en el alcance, mataron unos treinta guerreros. Pernoctaron aquella noche en unos caseríos, entre Chiconautla y Xaltocan, con precaución de rondas, velas y escuchas, pues los enemigos no estaban muy lejos.

Al día siguiente temprano se dirijieron sobre Xaltocan. La ciudad estaba rodeada por las aguas del lago de su nombre, comunicando con la orilla por medio de una calzada, á la sazón destruída é inundada, aunque dejando una especie de vado. En defensa de la plaza acudieron los méxica, así la batalla se empeñó rícidamente, tirando los de dentro varas, flechas y piedras: contestaban los escopeteros y ballesteros, principalmente á quienes se acercaban metidos en sus canoas, los cuales se defendían tras de gruesos tablones que habían sabido acomodar á los lados de sus frágiles embarcaciones, ó esquivaban los golpes cual mejor podían. Inútiles fueron los repetidos esfuerzos de los asaltantes para penetrar en la ciudad; diez españoles y muchos aliados estaban heridos, y todos avergonzados de los denuestos que les decían los enemigos; cuando flaqueaban, dos aculhua enemigos de los Xaltocan dijeron haber visto como pocos días ántes destruían la calzada, señalando el lugar por donde iba é indicando se podía por ahí pasar. Entónces los ballesteros y escopeteros en buen concierto, apoyados por los peones y los aliados, mientras D. Hernando con la caballería sostenía la cabeza de la calzada, se adelantaron por el agua sobre el vado formado por la obra destruída, y unas veces á volapié ó con el agua á la cintura, bajo una fuerte granizada de flechazos y hondazos forzaron el paso, recorrieron trabajosamente la laguna y penetraron por fin en la ciudad. Los guerreros azteca se metieron en las canoas para huir, no sin recibir mucho estrago: en cuanto á la ciudad, era conocida su suerte y segura; fué completamente saqueada, reducida á cenizas, quedando las mujeres y los muchachos puestos en esclavitud. Los vencedores abandonaron la puebla y fueron á dormir en unas caserías, dos leguas más allá de Xaltocan.

A la mañana siguiente torcieron rumbo al S. O.: no se presentaron los culhua á defender el camino, contentándose con gritar desde las acequias y amparos y disparar algunos hondazos: el ejército se aposentó en Cuauhtitlan, ciudad abandonada por los moradores.

La inmediata jornada se hizo por el pueblo de las Sierpes, Azcapotzalco, dicho el pueblo de los Plateros, ambos abandonados por los moradores, llegando el ejército ya tarde delante de Tlacopan. Como sabemos, la ciudad era capital del reino tepaneca, el menor de los que formaban la triple alianza; estaba situada en la tierra firme, al terminar la calzada de su nombre, siendo como barrio suyo Popotlan, asentado en la orilla del lago en el principio mismo de la calzada que á México conducía. Los méxica salieron á la defensa del lugar, pelearon rícidamente durante la luz, retirándose al cerrar la noche. El ejército se aposentó en el antiguo palacio de Tototihuatzin, edificio amplio que á los castellanos pudo contener, pasando la noche con todas las precauciones militares. "Y en amaneciendo, los indios nuestros amigos comenzaron á saquear, y quemar toda la ciudad, salvo el aposento donde estábamos, y pusieron tanta diligencia, que aun de él se quemó un cuarto; y esto se hizo, porque cuando salimos la otra vez desbaratados de Temixtitan, pasando por esta ciudad, los naturales de ella juntamente con los de Temixtitan, nos hicieron muy cruel guerra, y nos mataron muchos españoles." (1) Al rencor y á la venganza de D. Hernando pereció Tlacopan, así como ántes Itztapalapan.

Seis días permanecieron los blancos en aquel lugar, trascurriendo todos en constantes combates. Entre los méxica y los aliados se había encendido un profundo y encarnizado rencor, mayor que el profesado por los culhua á los extranjeros. La presencia de aquellos guerreros en las goteras de la capital del imperio, atizaba el furor de los tenochca, quienes los denostaban diciendo: "Bellacos, mancebas de los cristianos; que nunca osastes llegar á donde estais sino con su favor; á ellos y á vosotros comeremos en chilli, porque no nos preciamos de teneros por esclavos." Respondían los tlaxcalteca: "Nosotros os hemos siempre hecho huir como gente medrosa y sin fé, y siempre de nuestras manos escapastes sino vencidos, vosotros sois las mujeres y nosotros los hombres; pues siendo tantos y nosotros tan pocos, jamas habeis podido entrar en nuestros términos, como nosotros en los vuestros: los cristianos no son hombres, sino dioses, pues uno basta para mil de vosotros." (2) A estas

(1) *Cartas de Relac.* pág. 210.—Bernal Díaz, cap. CXXI.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. VI.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXXV.

(2) Herrera, déc. III, lib. I, cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXXVI.

provocaciones, seguían desafíos de persona á persona ó por grupos; dejábaseles campo libre, se acometían con ciega rabia, terminando la lucha cuando el vencido estaba muerto y despedazado: "Y peleaban los unos con los otros muy hermosamente," dice el conquistador. También los méxica insultaban á los castellanos gritándoles unas veces: "Entrad, valientes, pelead, que hoy sereis señores de México." Otros decían: "Venid á holgaros, que hallareis la comida aparejada." Otros: "Ya no hay Motezuma que haga lo que quereis, idos á vuestra tierra."

D. Hernando hacía algunas arremetidas, tanteando la fuerza de la ciudad é intentando apoderarse de ella, si posible le fuera. En una de aquellas ocasiones, barriendo delante de sí los enemigos que le disputaban las ruinas de Popotlan, se metió resueltamente por la calzada de Tlacopan; mirando que los tenochca huían amedrentados, se metió adelante, ganó fácilmente una cortadura y engolosinado con el fácil triunfo quiso llegar á la ciudad. Aquello fué una celada. Cuando estuvo en el lugar apetecido, acudió de súbito inmensa multitud de guerreros, así en la calzada como en canoas por el agua, envolviendo completamente á los asaltantes. Tarde conoció el general su error; estrechados los soldados entre las orillas de la vía, sirviendo de blanco seguro á las armas arrojadas y á las largas lanzas formadas con las espadas y los puñales quitados á los blancos, sin poder maniobrar la caballería; repitiérase otra rota como la de la Noche triste, sin la presencia de ánimo del valiente general. Formó en columna cerrada los peones, "y con el mejor concierto que pudo, y no vueltas las espaldas, sino los rostros á los contrarios, pié contra pié, como quien hace represas, y los ballesteros y escopeteros unos armando y otros tirando, y los de á caballo haciendo algunas arremetidas, mas eran muy pocas, por que luego les herían los caballos, y desta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de México, y cuando se vió en tierra firme dió muchas gracias á Dios." (1) Aquella retirada costó cinco españoles y muchos heridos; Juan Volante, alférez que llevaba la bandera, cayó en un foso, estuvo á punto de ahogarse y aun le cojieron los méxica con intento de llevarle á sacrificar, si bien haciendo un supremo esfuerzo pudo escapar.

(1) Bernal Díaz, cap. CXLI.

Uno de los principales intentos con que vino á Tlacopan fué el de hablar con Cuauhtemoc, para ver de reducirle á que se entregase de su voluntad. Llegóse una ocasion hasta "una puente que tenían quitada, y estando ellos de la otra parte, hice señal á los nuestros que estuviesen quedos; y ellos tambien como vieron que yo les quería hablar, hicieron callar á su gente, y dijeles: ¿"Que por qué eran locos y querían ser destruidos? Y si había allí entre ellos algun señor principal de los de la ciudad, que se llegase allí porque le quería hablar." Y ellos me respondieron: "Que toda aquella multitud de gente de guerra, que por allí venía, que todos eran señores: por tanto, que dijese lo que quería." Y como yo no respondí cosa alguna, comenzaronme á deshonorar, y no sé quien de los nuestros dijeles: "Que se morían de hambre y que no les habíamos de dejar salir de allí á buscar de comer." Y respondieron: "Que ellos no tenían necesidad; y que cuando la tuviesen que de nosotros y de los tascaltecal comerían." E uno de ellos tomó unas tortas de pan de maiz y arrojólas hácia nosotros, diciendo: "Tomad y comed si teneis hambre, que nosotros ninguna tenemos," y comenzaron luego á gritar y pelear con nosotros." (1)

Burlado en sus esperanzas, Cortés abandonó á Tlacopan dando la vuelta á Texcoco; siguiendo el mismo camino que trajo, la primera noche se aposentó en Cuauhtitlan; "y le daban grita los méxicanos, creyendo que volvía huyendo, y aun sospecharon lo cierto, que con gran temor volvió." (2) Los tenochca ponían emboscadas con propósito de matar los caballos; el general dispuso por su parte una celada con la caballería, distribuyéndola en pequeños pelotones; una vez cojidos en ella los tenochca fueron lanceados en una llanura como de dos leguas, en la cual quedaron tendidos multitud de guerreros, no sin perder los blancos un hombre y dos caballos, con buen número de aliados. Aquella noche el ejército durmió en Acolman. Al siguiente dia vino Gonzalo de Sandoval, que había quedado por comandante de la guarnicion de Texcoco y estaba cuidadoso por no haber tenido noticia alguna desde la salida del general; habláronse cuanto hubo menester, hecho lo cual Sando-

(1) Cartas de Relac. pág. 121.

(2) Bernal Díaz, cap. CXLI.

val retornó aquella tarde á Texcoco, pues no convenía dejar el real sin buen recado. El inmediato día entró Cortés con su ejército en la ciudad. (1)

En este tiempo ocurrió al general hacer patente una de sus debilidades características. "Como Cortés vió á los tlaxcaltecas muy "enjoyados de los despojos, (cosas que por su pobreza jamas "traían), dijo á Ojeda y á su compañero Juan Márquez: "Pese á "vosotros, catadlos, y tomadles el oro y dejadles la ropa." No lo "dijo á los sordos; porque luego lo hicieron, y hallaron más de tres "mil pesos: y otro día pareció que se habían ido diez mil tlaxcal- "tecas: el día siguiente se hizo otra cata, y se fueron otros tantos: "y al tercero día faltó la tercera parte de ellos, que se presumió "llevar más de cincuenta mil pesos, y más de doscientos mil duca- "dos de ropa; y porque se iban no les quitaron las joyas de allí "adelante, y á los señores no se cataba, y así no se fué ningn- "no." (2) Sacamos de aquí la cuantía en que se verificaba la me- rodeacion, no obstante las ordenanzas.

Luego que los castellanos se retiraron de las puertas de Tenochtitlan, el infatigable Cuauhtemoc envió sus guerreros con intento de castigar la rebelada provincia de Chalco. Así es que dos días llevaba Cortés de vuelta á Texcoco, cuando los chalca se le presentaron significándole el apuro y pidiéndole socorro: muchos otros pueblos habían acudido con el mismo intento, de manera que el general se veía urjido por multiplicados pedidos, á los cuales no podía satisfacer. Para contentar á todos, alentólos diciéndoles, que ellos eran muchos mientras los méxica ya no eran tantos como ántes, si querían defenderse bastaría se uniesen unos con otros; para preparar estas confederaciones les fueron entregadas cartas, que si bien no eran entendidas, productan su efecto por tenerlas como mandamientos de gran importancia. (3) El socorro efectivo se concedió á Chalco, ya porque la provincia era abundante en panes y leña y surtir á Texcoco, ya por pasar por ahí el camino de la Vera-Cruz, el cual importaba tener desembarazado. Para la jornada fué nombrado Gonzalo de Sandoval, con veinte jinetes, trescientos peo-

(1) Cartas de Relac. págs. 211—13.—Bernal Diaz cap. CXXI.

(2) Herrera, déc. III, lib. I, cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXXVI.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXI.

nes, doce ballesteros, otros tantos escopeteros, algunos tlaxcalteca y ocho mil aculhua al mando del capitán Chichincuatzin, enviado por Ixtlilxochitl. La fuerza dejó á Texcoco el doce de Marzo. (1)

La hueste durmió aquella noche en unas estancias de Chalco; unida al día siguiente con los guerreros de la provincia, con más los socorros de Huexotzinco y de Cuauhquechollan, entró al siguiente día en Tlalmanalco, cuyos señores la aposentaron y regalaron. Informado Sandoval de que los méxica estaban en Huaxtepec, salió en su demanda, rindiendo tercera jornada en Chimalhuacán. El lugar adonde se dirijían está situado al otro lado del cinturón de montañas que por el S. rodea el Valle, hoy en términos del Estado de Morelos. Para atravesar el terreno, quebrado y lleno de maleza, Sandoval puso al frente los ballesteros y escopeteros, dividió los jinetes en cuadrillas de á tres, formando con los peones y los aliados un cuerpo compacto. Caminando en esta forma se dió con los tenochca, que divididos en tres cuerpos, arrojando sus atronadores gritos de guerra y tañendo sus instrumentos bélicos, "se vinieron como leones bravos á encontrar con nosotros." Cargaron los aliados, sostenidos por la caballería; mas aunque lograron desconcertar un tanto á los méxica, éstos se rehicieron de nuevo revolviendo denodadamente al combate. Sandoval arrojó contra ellos todos los peones y aliados, á cuyo empuje perdieron el mal paso en que se defendían, no sin detenerse aún en otro paso más agrio; de aquí también fueron desalojados, no sin que los castellanos sufrieran algun daño, teniendo que lamentarse la pérdida de Gonzalo Domínguez, estropeado por su caballo, y que se tenía por excelente jinete, comparable á Cristóbal de Olid y al mismo Sandoval. Socorridos los culhua por la guarnición de Huaxtepec, se presentaron de nuevo en batalla, con arrojo digno de mejor fortuna; hirieron muchos castellanos, á cinco caballos, y no pudiendo por último mantener el campo, huyeron hacia la ciudad, en donde penetraron envueltos con los vencedores, quienes los echaron fuera.

Huaxtepec era rica ciudad del país de los tlahuica, afamada por sus extremadas ropas de algodón; tenía una hermosa huerta, superior sin duda á la afamada de Iztapalapan, cultivada con sumo esmero y en donde estaban aclimatadas las plantas más raras y cu-

(1) Bernal Díaz, cap. CXXII.—Ixtlilxochitl, relac. XIII, pág. 14.